

Santa Teresa y Chiezkowski ⁽¹⁾

Ana Díaz, la modernísima discípula de Francisco Delicado, dice que no sería monstruoso asegurar que Santa Teresa « que conocía no haber en lo humano nadie que pudiera saciarla, hubiese sido, en este siglo, y con unas gotas menos de espiritualidad, una adúltera ». Con mayor atrevimiento — y en un rasgo inusitado en él —, afirmaba Ganivet, refiriéndose también a la santa de Avila, que « el misticismo fué como la santificación de la sensualidad africana ». (Extraña coincidencia ésta, en verdad : ¡la de una actriz y un político!) Los arrobamientos místicos son, según ellos, y así ya lo propalaba enfáticamente la psicología de fines de siglo, manifestaciones de trastornos sexuales (2).

(1) Conde Augusto Chieszkowski (1814-1894). Estudió teología en la Universidad de Heidelberg, donde se doctoró con su tesis : « *De ingenio, vi et loco philosophiae jonicae* ». Se dedicó a la economía política, haciéndose célebre en toda Europa con su obra escrita en francés : *Du crédit et de la circulation*. Fué presidente, en la Cámara de diputados de Berlín, del partido polaco. Publicó, además de su obra capital, *Ojeze Nasz* (Padre nuestro), de la que tratamos, *Dios y la palingenesia* (inconclusa), impresiones de su viaje a Roma, etc.

Su *Padre nuestro* fué acusado de heterodoxia, y rudamente atacado, especialmente por los jesuítas de Cracovia.

Tuvo fervientes admiradores y continuadores, entre ellos, Solovev — el autor de *Los fundamentos espirituales de la vida*, publicado también en la interesante serie de *Maestri della vita spirituale*, de la casa Zanichelli, en que apareció la traducción italiana de *Padre nuestro* —, quien le dedicó críticas elogiosas defendiéndolo calurosamente.

(2) Serena, como todas las suyas, la observación de nuestro profesor Clemente Ricci, acerca de los psiquiatras a la moda, que han dado en

Los espíritus para quienes, por ejemplo, el mundo de la armonía de los sonidos no cae dentro de la órbita de su sensibilidad, así como quieren negar realidad a ese cúmulo enorme de emociones que experimentan los devotos de la musicalidad — debido a la tendencia egocéntrica que rige las concepciones humanas : mi yo es el yo normal, nada existe fuera del campo de mi cognición —, de la mismas manera, y con mayor motivo dado el grado infinitamente superior en que se halla sobre el mundo de lo musical — se inclinan a rechazar la realidad del mundo de lo místico. Decimos que Santa Teresa no es más que un psicópata constitucional, y nos parece haber formulado el juicio definitivo, que hacemos extensivo a todo el maravilloso fenómeno místico.

La realidad objetiva de ese mundo, afirmada por los que intuyéndolo dan a sus sensaciones de supraconciencia valor cognoscitivo, necesita, empero, ser corroborada por la especulación. Los filósofos cristianos, reconociendo, sin dejar los más de ellos de ser místicos, la no *transmisibilidad* del conocimiento intuído, se aprestan a la demostración, y por ende a la inmediata comunicación racional de la realidad divina. La experiencia religiosa termina con el tiempo por imponerse como uno de los más interesantes problemas de la filosofía, y el pragmatismo viene a remozar la vieja cuestión.

Hallamos una de las más hermosas manifestaciones de las tentativas racionales para su solución, en los cristianos de la doliente Polonia azotada por más de un siglo de persecuciones, que, con « inquebrantable fe en la resurrección de su pa-

catalogar la figura de Jesús en sus pedantescos cuadros de clasificaciones neuropáticas : « media docena de médicos de los llamados *especialistas*, son incapaces de ponerse de acuerdo para llegar a algo concreto acerca de la *psicología* de un sujeto vivo y respirante, y henos con *alienistas* (¡nada menos!), que se despachan en un quita allá esas pajas, sobre la naturaleza y relación de los sistemas y aparatos orgánicos, nerviosos y psíquicos de una personalidad cuyo único recuerdo nos ha quedado en el librito que da tema a esta obra ». (*La documentación de los orígenes del cristianismo*, pág. 5.)

tria, rogaban y gemían como los inspirados profetas de Israel, y en su sagrado entusiasmo sentían en su interior una voz divina que los llamaba a anunciar a los pueblos los designios del Altísimo (3).

Chieszkowski, el más destacado de ellos, consecuente con su idea de que con Hegel « termina la filosofía del pensamiento y comienza la de la voluntad », señala el inmenso valor pragmático de la convicción y de la fe en el cumplimiento de las aspiraciones humanas cuya síntesis halla en el Padre nuestro.

La plegaria cristiana difiere esencialmente de la profecía pagana en que ésta no es más que « una promesa obtenida simplemente, en forma pasiva » y aquélla, en cambio, es « una aspiración viviente y ardiente de nuestro espíritu ». Ante la profecía permanecemos inactivos, sin participar de su realización, en calidad de simples espectadores; en la plegaria, el porvenir es derivante de nosotros mismos — autores y actores efectivos y conscientes. — Podemos dudar del cumplimiento de una profecía, ya que no *sentimos* su necesidad, pero no dudamos un solo segundo de la realización de una plegaria, pues todo nuestro ser tiende hacia ello. La profecía responde, así, a las características del mundo antiguo — mundo de lo inmediato y particular; la plegaria, al mundo cristiano —, mundo de lo mediato y universal.

La plegaria es la manifestación de un estado de espíritu que implica ya la *posibilidad* del logro de lo en ella formulado; deseando una cosa, acuciamos al mismo tiempo todas las fuerzas del espíritu para conseguirla : rogando, « comenzamos a influir realmente sobre nuestro futuro, porque inflamamos nuestra voluntad con nuestra ardiente aspiración ». Cuando nos disponemos a rogar adoptamos determinada posición del cuerpo, porque hemos aprendido que en esa posición rogamos mejor (facilitamos la concentración espiritual), y buscamos todas las circunstancias exteriores favorables : el

(3) A. C., *Padre nostro*, Nicola Zanichelli, Bologna, 1923, pág. xx del proemio del traductor, Aurelio Palmieri.

silencio y la penumbra — ese mismo silencio y penumbra propicios, como nos enseña la psiquiatría, para la producción de las llamadas ilusiones hipnagógicas, — la posición de hinojos o de piernas cruzadas, o la posición horizontal, cara al suelo (4). Cuando nos encontramos de rodillas, sentimos deseos de rogar, por el hábito adquirido de adoptar esa posición para elevar nuestras plegarias; cuando, en cambio, caminamos y nos asalta la idea de Dios, necesitamos detenernos, para rogar. (No en otras razones estaba basado el consejo de Pascal : « *Abêtissez-vous* »).

La plegaria cotidiana implica, pues, la intensificación de aquel estado de concentración espiritual y disposición volitiva, y la transformación de la *posibilidad* en *probabilidad*. Y, por último, la plegaria cotidiana colectiva convierte esa probabilidad en *necesidad*.

El culto, o sea la manifestación colectiva de la plegaria, aumenta el valor pragmático de ésta por los numerosos elementos que suministra la psicología de las multitudes para la rápida comunión de las tendencias individuales, e intensifica la disposición del espíritu para lograr lo expresado en la plegaria. « A la emoción de la experiencia individual se agrega el eco de la experiencia de los otros. Así es que la experiencia cultural, aun no siendo substancialmente distinta de la individual, tiene una plenitud y una potencia propias » (5).

La espontaneidad trocándose en disposición, la disposición

(4) Los monjes de la Trapa, adoptaban esta posición cuando algún hermano los acusaba ante la comunidad.

— El aspecto exterior, circunstancial de la plegaria, es el mismo en todos los cultos; a pesar de no haber faltado en éstos curiosísimas manifestaciones — como la de aquella secta de los Saltarines, en Inglaterra, que, como lo indica su designación, tenían por fin principal saltar.... para aplastar al diablo, pues éste se halla en todas partes —, nunca ha aparecido uno en que las plegarias se elevaran haciéndole adoptar al cuerpo posiciones acrobáticas o simplemente caprichosas.

(5) Macchioro, *Teoría della religione considerata come esperienza*, pág. 153.

trocándose en hábito, el hábito trocándose en culto, son las tres etapas por que la aspiración de un espíritu, expresada en la plegaria, debe atravesar para convertirse en aspiración social. Así resulta que la plegaria cristiana colectiva y cotidiana es la expresión de la tendencia de todo el cristianismo.

La plegaria es el impulso del espíritu « hacia algo que aun no existe, pero que debe ser, que necesariamente debe ser y será; hacia lo que constituye la aspiración esencial del espíritu y de la que éste siente fervientemente la necesidad ». Pero no toda plegaria es expresión de una tendencia espiritual : sólo la plegaria de *súplica*, única plegaria verdadera — la plegaria de *súplica* individual, que atañe al porvenir privado, o la plegaria de *súplica* colectiva, que atañe al porvenir histórico —; la plegaria de *agradecimiento*, en cambio, sólo se refiere al pasado, y se ejecuta en acción de gracias. (Ave María, *gratia plena*); y la plegaria de *declaración*, que abarca « todas las efusiones del alma hacia Dios », sólo se refiere al presente (Credo). La plegaria de *súplica* « que supera a todas las otras y que contiene en sí todas las *súplicas* » es el Pater Noster.

Mediante la plegaria que Cristo nos dejó, querido por sus apóstoles — *Domine, doce nos orare* —, nos ha revelado « lo que debe ser porque es la necesidad absoluta de la humanidad, porque es propio de la esencia y de la predestinación del hombre » conseguirlo. Para Chieszkowski, el *Pater*, al que confiere universalidad en el tiempo y en el espacio, encierra la revelación del porvenir.

Para Santa Teresa la plegaria es la necesidad imperiosa de dar sosiego al torbellino interior que conturba todo su ser; como en los deliquios amorosos, tiene todas las características de un acción de gracias. *Camino de perfección*, ese torturado y torturante análisis de la oración en general, y en particular del Padre nuestro considerado como oración suprema, no es, en definitiva, más que la expresión del amor y del reconocimiento de la santa hacia aquel que « cómo parecía padre de tal hijo » y hacia éste que « cómo parecía hijo de tal padre ». La evocación de la vida interior del Hijo consti-

tuye para la santa una de las angustias más grandes que pueden experimentarse, angustia que la sacude y retuerce; delectación monstruosa sólo imaginable si se piensa en el desesperado esfuerzo que necesitaríamos hacer para delimitar y constreñir el cúmulo de sensaciones vagas que nos provocaría la sobrehumana tensión de nuestro espíritu, si intentáramos abarcar en la órbita de nuestra sensibilidad el trance de Jesús en el Getsemaní, o en el desgarrador grito en la cruz : *Eli, Eli, lami sabachtani?*

El Padre nuestro es, pues, para Santa Teresa, una plegaria de agradecimiento o de declaración (*Pater noster, Ave María, gratia plena; Santificetur nomem tuum — Benedicta tu in mulieribus*), y es expresión del amor de Dios hacia los hombres, la expresión de su bondad (« Oh, hijo de Dios y Señor mío, cómo dáis tanto junto a la primera palabra »). Para Chieszkowski, en cambio, además de ello, es la forma sintética en que el Padre nos ha revelado el porvenir (*Adveniat regnum tuum*); y esta plegaria, « recomendada por Cristo a sus discípulos no ya como la expresión de aspiraciones de los cristianos individualmente considerados, sino como la tendencia general de toda la cristiandad, debe cumplirse no para el caso particular de un individuo determinado, sino, en virtud de un acto social e histórico, para la humanidad ».

El *Pater*, tal como lo considera Chieszkowski, escapa a la división que de las plegarias hace Macchioro; no es una plegaria puramente *impetratoria* — aquella mediante la cual solicitamos con ahinco a Dios la realización de *nuestros* designios y aspiraciones — ni una plegaria puramente *cognoscitiva* —, mediante la cual nos sometemos a las determinaciones divinas. La primera es la plegaria primitiva, llevada a su expresión más lógica por los yezidíes (6) : implica la pretensión de querer sobreponer nuestros designios a los designios divinos; la segunda, forma más elevada y espiritual — introducida por el cristianismo, — implica la sumisión voluntaria absoluta a aquellos designios : *Fiat voluntas tua, sicut in coelo et in terram.*

Para Santa Teresa es una plegaria cognoscitiva, de la que surge la gratitud; para Chieszkowski es, a la vez, impetratoria, por la participación de la voluntad humana, — la obtención del paraíso terrestre ha de ser la « obra maestra » del espíritu — preparada por la plegaria colectiva a la realización de las aspiraciones sintetizadas en el *Pater*, que constituye « el testamento místico de la humanidad ».

VICENTE FATONE.